

ENSAYOS DE CRITICA.

---

ORATORIA SAGRADA.

SERMONES MORALES.

---

MASSILLON.


## OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE EL SERMON

DE LA

### IMPENITENCIA FINAL.

---

 El mérito de esta oracion se anuncia ya desde la feliz aplicacion del texto. *Ego vado, quaeritis me, et in peccato vestro moriemini.* Quien toma por tema de su discurso una sentencia capaz por sí sola de commover con una fuerza irresistible á todos aquellos que en medio de sus desórdenes conservan, aunque lánguidamente, la fe del cristianismo, se anuncia ya desde el punto de partida como un hombre superior y dominante, que tiene en una mano la espada de la lei, y refrena con la otra las pasiones de los que le escuchan; que Señor absoluto de la materia que va á tratar, ni teme que le abandone la soberana inspiracion del genio, ni duda sojuzgar á los hombres y extender las conquistas de la cruz con el poderoso influjo de la palabra.

No extrañemos pues que el orador, inflamado al pronunciar aquella sentencia de Jesucristo, se aparte de la sencillez comun de los exordios para abrir el suyo amagando fuertemente á los que le escuchan, con los temores que naturalmente causa una amenaza fulminada por la verdad eterna contra el pecador impenitente. *Si no os habéis estremecido, católicos, les dice, al oír pronunciar estas palabras, las*

*mas terribles sin duda que se leen en nuestros libros santos, no encuentro en la religion cristiana verdad alguna que sea capaz de conmoveros.*

Abrir con esta cláusula el exordio, es no simplemente ver con desprecio los lugares comunes á donde se acoge un miserable y estéril retórico, no simplemente enlazar la introduccion con la materia del discurso, sino entrar en su fondo sin desvirtuar los primores de una novedad atractiva, abrirse brecha por medio de las circunstancias mas cercanas y marchar directa y osadamente al corazon; es consultar á la naturaleza en su parte mas fecunda, y seguir fielmente el órden de las ideas y la cronología de los sentimientos, moviendo así con destreza inaudita los escondidos y maravillosos resortes del hombre moral.

En el resto del exordio descubrimos con agradable sorpresa, no la pausada y exquisita coordinacion de pensamientos por donde pasa un orador á fijar el plan de su discurso, sino una reunion anticipada de las verdades mas terribles, cuyo desenvolvimiento forma el cuerpo de la composicion, y un movimiento patético encaminado á Dios á vista de aquellas demostraciones de penitencia que hace el pecador en el último de sus dias. La circunstancia de hallarse tambien en el discurso este y otros movimientos semejantes ministra en apariencia razones á la crítica, para censurar en el orador una falta, que consiste en anticipar movimientos dignos de reservarse para aquellos puntos del discurso donde deben excitarse las pasiones; pero á los ojos de aquel que se hace cargo de todas las circunstancias, debe aparecer aquella como una señal infalible del buen gusto y superioridad del orador. En efecto, despues de pronunciado el texto, y un texto que debia producir una gran revolucion en el espíritu de los fieles que abrigaban todavía los temores y las esperanzas eternas, ¿pudiera haberse escogido otro medio que el de proteger esta primera impresion de la gracia, disponiendo así el corazon á la mas bella de todas las reformas? Si el objeto de los exordios, como nadie ignora, es captarse la benevolencia del auditorio y excitar fuertemente su atencion, para contar así con aquella docilidad que acertadamente se mira como el primer triunfo de la elocuencia; ¿no reúne *el de la impenitencia final* los medios mas eficaces para producir tan maravillosos efectos! ¿Quién no prodiga las efusiones de su ternura y de su amor á un apóstol benéfico, que se muestra tan lleno de inquietud y sobresalto á vista del inmenso abismo que se abre delante de nosotros! ¿Quién no despierta del profundo letargo en que le tienen las pasiones,

cuando el estallido del trueno le hace palpar á las ideas de muerte, de eternidad, anunciándole una borrasca en que infaliblemente debe perecer! ¿Quién finalmente no vuela deshecho en lágrimas de arrepentimiento á refugiarse en los brazos de aquel ángel tutelar que se le presenta como enviado del cielo, á fin de conducirlo por una senda ménos escabrosa hácia aquel reino de paz y de ventura en que gozan de una felicidad inamisible aquellas almas dichosas que á fin de salvarse de tantos riesgos, se habian abandonado suavemente á la direccion de los ministros del santuario?

“Si dilatáis vuestra conversion hasta la hora de la muerte, moriréis en vuestro pecado: porque entónces ya no estaréis en estado de buscar á Dios; y porque aun supuesto que os halláseis en estado de buscarle, serian inútiles vuestros esfuerzos para volveros á él, porque no le encontraríais.” Este es el plan y la division del discurso, plan rico y fecundo que abre camino á la irresistible marcha de la dialéctica, que ministra pábulo á la actividad prodigiosa de la imaginacion, y que brinda al sentimiento con aquellas pasiones que, declarando solemnemente el poder, se elevan de ordinario hasta la esfera de lo sublime. Si la mayor parte en el buen ó mal éxito de un discurso cabe, segun afirman los mejores críticos, á la eleccion del plan y distribucion de la materia; el que ha escogido Massillon, y el modo particular con que le distribuye, nada deja que apetecer ni para el convencimiento ni para la persuasion. La primera parte contiene una verdad que por sí sola hace estremecer: *la penitencia en el lecho de la muerte es casi siempre imposible*; pero cuando el orador reserva para la segunda probar que, *seria del todo inútil, aun cuando fuese posible*, obstruye todas las sendas y aniquila todos los recursos. *No podríamos hacer penitencia en la hora de la muerte*: ¡Espantosa amenaza! *Nada conseguiríamos aun cuando lo pudiésemos*: ¡Golpe terrible, decisivo, mortal! ¡Verdad que despedaza el corazon!